



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 86 – 8 de Enero de 2016

## En este número

1. **Y ahora, ilusión**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Al filo del nuevo año**, *Manuel Parra Celaya*
3. **Tres retos inmediatos para el gobierno**, *José Manuel Cansino*
4. **La ciudad de Madrid y la Memoria Histórica**, *Alfonso Bullón de Mendoza*
5. **Ley 12/2015 de nacionalidad española a sefardíes**, *internet*
6. **El gringo feliz**, *Arturo Pérez Reverte*
7. **Del milagro a la necesidad**, *Miguel Pujadas Cabestany*
8. **El Caballo de Troya del islamismo**, *Pierre André Taguieff*

## Y ahora, ilusión

### Emilio Álvarez Frías

**E**continuando con la filípica de nuestro amigo, que sacábamos a relucir en el número anterior, en el sentido de que los medios de comunicación, y nosotros entre ellos pese a que somos minúsculos en ese batiburrillo de ideas, comentarios, opiniones, palabras, palabras, palabras..., hemos de decir, y confesar en voz alta, que somos gente con ilusión. Nunca la hemos perdido. La tuvimos cuando España salía de una guerra, estaba destrozada, no había otro pan que comer que aquellas boronas de maíz casi indigerible si no hubiera sido por el hambre, el trabajo era escaso porque no existían prácticamente empresas donde trabajar, Argentina nos ayudaba con el envío de garbanzos y cereales, otros países nos facilitaban también alimentos y manufacturas, incluso se establecieron relaciones comerciales con Rusia a estos efectos, se hacían milagros en las cocinas de las casas para servir un plato de lo que fuera... Sí, es conveniente que lo sepan los que ahora lo tienen todo y se quejan. Fueron años difíciles y duros. Para unos españoles y para los otros. Pero nos empeñamos en sacar al país adelante. Todos. Absolutamente todos. Olvidando en qué lado se había estado en la guerra, aunque las secuelas de la misma dieron origen a marginaciones, que poco a poco se fueron salvando. No teníamos nada, trabajábamos donde fuera y de lo que fuera, con gran ilusión. Sí, teníamos ilusión de ver cómo íbamos consiguiendo lo que llegó a llamarse «el milagro español». Y de la nada al octavo país industrializado.

Ilusión, palabra casi mágica. Eso es lo que falta ahora. Y trabajo. Eso es lo que se elude hoy. Porque ahora, en términos generales, se intenta trabajar lo menos posible, escatimando las horas, queriendo percibir emolumentos considerables. Cierto es que las cargas que nos hemos echado con el paso del tiempo reclaman mayores ingresos. Ahora tenemos casa propia, antes normalmente no; casa dotada de todas las comodidades y adelantos, antes ni nos podíamos imaginar que pudieran existir tantos electrodomésticos y comodidades; antes ni veraneábamos ni viajábamos al extranjero, y hora no podemos vivir sin ese descanso para «cargar las pilas»; los niños estaban escolarizados en una cantidad importante en colegios de fortuna, los Reyes Magos llegaban con modestas muñecas y juguetes de hojalata o de madera no menos modestos, y lo recibíamos con alegría y agrado; etc. Y a pesar de todo, teníamos ilusión, No «deseábamos más»

ni nos apenaba no tenerlo, únicamente queríamos ir conquistando cada día un poquito, subir un peldaño aunque fuera bajito.

Ilusión, eso es lo que falta hoy en grandes dosis. Todo el mundo parece enfadado, se siente desgraciado por no disponer del último teléfono móvil, el televisor de plasma más grande y uno más pequeño en cada habitación, la casa más grande o el chalet en las urbanizaciones periféricas, veranear al sol en la playa más apetecible de España o en la Rivera Maya, vestir a la moda, dar estudios universitarios a todos los hijos aunque no valgas para ello, comprarles el coche en cuanto tienen la edad de sacar el carnet de conducir, un ordenador para cada hijo, con su tableta y el móvil, etc. Y todo ello, sin ilusión, como necesidad ineludible para poder vivir, pero sin ilusión de vivirlo, de disfrutarlo. Es más, sirviendo todo ello para romper la relación de las personas unas con otras, para que no se hable en la familia, para que se retraigan de disfrutar de la naturaleza, para no ir al teatro o a otros lugares públicos, salvo los macroconciertos en los que se ponen miles de wátios que atronan el espacio y ensordecen los oídos..



Debería crearse una pócima que impeliera a las personas de hoy día a tener ilusión por cualquier cosa sencilla: hacer punto de cruz, jugar al fútbol con las chapas de las botellas de cerveza, practicar la petanca o los bolos españoles, hacer campeonatos de cometas, incluso echar alguna que otra partida de tute o de dominó, leer... ¡Cuánta falta hace leer!

Ilusión es lo que falta hoy día. No somos agoreros en lo que hemos ido reflejando anteriormente, en absoluto. Simplemente hemos querido decir que, para vivir, hace falta ilusión. Mucha ilusión. Y amor, palabra que no hemos querido sacar a relucir, pero que habrá que hacerlo en alguna otra ocasión. Ilusión. Dice el diccionario al respecto, entre otras: Imagen formada en la mente de una cosa inexistente tomada como real (¡Ser capaces de dejar ir a la mente para crear sueños y convertirlos en realidad!); alegría o felicidad que se experimenta con la posesión, contemplación o esperanza de algo. Es bonito.

Con ilusión, sentados tranquilamente reposando de las fiestas Navideñas y del paso de un año a otro, hoy dejamos descansar a nuestros botijos, que buen tute han tenido, y nos relajamos contemplando el maridaje que nos ofrece en este cuadro Juan Chico Gomez entre el botijo de Guadalcanal (Sevilla) y el racimo de uvas, muy significativo durante las fiestas de fin de año.

## Al filo del nuevo año

### Manuel Parra Celaya

**M**e adhiero temporalmente a la costumbre de enviar frases inspiradas por WhatsApp como método de felicitación navideña, en lugar de las tradicionales postales, a raíz de la que recibí de un amigo: *Los años se inventaron para medir el tiempo astrológico, no para alterar nuestras vidas.*

En efecto, poca alteración vital nos puede sobrevenir cuando la bola de la Puerta del Sol –o sus sucedáneos autonómicos– marca la diferencia entre el 2015 y el 2016, a excepción, claro, de un

efusivo *subidón*, producto de un obligado rito folclórico. Porque la vida del hombre es un *continuum* en el que este se ve obligado, de forma constante, a hacer frente a decisivos retos: en primer lugar, el reto de ser fiel a sí mismo, a sus creencias y a sus ideas en lo religioso, en lo ético, en lo político; en segundo lugar, el reto de estar siempre ajustado a la *circunstancia*, sin permitir que los espejismos de la nostalgia o de la soberbia lo condicionen, y, en tercer lugar, el reto del *sic vos non vobis* virgiliano, el del servicio a los demás y la superación del individualismo egoísta, con la aceptación entusiasta de la *alegre y civil compañía* desde los vínculos de la familia, del trabajo, de la amistad, del compañerismo y de la camaradería, de la ciudadanía y del patriotismo.

Se me ocurre que idénticos retos tienen las colectividades históricas, tales como nuestra España, y que las respuestas a los mismos dan fe de su vitalidad o de su decrepitud: el reto de ser fieles a su propia *esencia fundacional*, esa que ha configurado su destino en la historia; el reto de acertar, en cada momento y circunstancia, con una conjunción sugestiva entre la fidelidad a esa



esencia y el progreso que amplíe caminos de justicia y libertad, sin ceder ante las tentaciones de la utopía o el desgarró, y el reto de permanecer unidos y proyectados a la *necesaria comunidad de los pueblos*, ya que todos los hombres, sin distinción de razas o de lugares de nacimiento, adolecen en nuestro mundo del mismo mal: la falta de armonía entre ellos y las referencias de su entorno, comenzando por la imprescindible referencia de su trascendencia en un único Dios.

Poca diferencia habrá entre el 2015 y el 2016 en cuanto a los

problemas que se le presentan a España y que se enmarcan en la niebla de la incertidumbre; sus consecuencias pueden detectarse en la aparente ingobernabilidad o en el continuado esperpento de esas votaciones y milagrosos empates de una formación *antisistema* en Cataluña para respaldar o no (que va a ser que sí, qué se apuestan) un proceso secesionista, por ejemplo. Las causas son más profundas y estriban –en mi humilde opinión– en la falta de respuesta a los tres retos mencionados, como asignatura pendiente, casi ancestral, de este *borrador inseguro* en el que vivimos.

Estas han sido mis reflexiones al filo del año nuevo. Verán, yo no tengo WhatsApp y la frase de este amigo –casi una *consigna*– la recibí a través del móvil de mi hijo, con el que acababa de llegar a una cumbre, en cumplimiento de un ritual montañoso de cada 31 de diciembre; ante nosotros, un bello paisaje catalán, sin *esteladas* a la vista ni otros motivos esperpénticos; son las once de la mañana y aquí arriba parece que ambos estamos en comunicación más directa con lo importante, con nuestros pensamientos. Y con Dios, por supuesto. Ese Dios, no *silencioso* sino *silenciado*, que, como dijo don Miguel de Unamuno *nunca puede desamparar a España*.

Dentro de un momento, iniciaremos el camino de descenso, y, una vez en el llano, nos volveremos a encontrar con nuestros retos vitales y con una sociedad desnortada y, a la vez, esperanzada por si el 2016 nos proporciona las alegrías de la concordia, de la paz social y de la unidad.

## Tres retos inmediatos para el gobierno

---

José Manuel Cansino

**D**e entre las tareas a abordar por el futuro gobierno de España sobresalen tres por su urgencia; la respuesta al desafío separatista catalán, la recapitalización de parte de la banca y el ajuste presupuestario que la Unión Europea va a imponer.

De los tres problemas a abordar de manera inaplazable, el mejor conocido por todos es el primero y por eso apenas me extenderé salvo para recordar dos cuestiones. La primera es que otorgar un sistema de financiación privilegiado a Cataluña –como el que disfrutaban las provincias vascas y Navarra– es romper con el principio de solidaridad entre regiones. La segunda es que la política de pactos con el nacionalismo catalán durante casi cuatro décadas no sólo no ha resuelto el desafío secesionista sino que lo ha llevado a sus más altas cotas.

Mucho menos conocida es la situación en la que se encuentran algunas entidades financieras años después de las inyecciones de dinero público del Estado y del «rescate suave» que el gobierno de Rajoy solicitó en 2012.

Particular interés hay que poner en la situación del Banco Popular. En 2009 este banco emitió un bono para captar liquidez que ahora tenía que devolver o canjear por acciones. Los bonistas de Banco Popular sufrirán minusvalías de entre el 35% y el 40% después de haber convertido sus bonos en acciones, una transformación que se llevó a cabo a finales de noviembre al vencer la emisión de 2009. El tipo de cambio se fijó en 17,61 euros frente a los 3,38 euros a los que cerró la acción el día fijado. Téngase en cuenta que el Banco Popular llegó a ofrecer hasta un 7 % por un nuevo bono en 2013 con vencimiento en 2015. Esta rentabilidad no debe pasarse por alto pues está muy cerca del algo más de 8 % que llegó a ofrecer Abengoa.



Otra situación bancaria a considerar afecta al grupo NovaCaixaGalicia que en 2010 nació de la fusión entre Caixa Galicia y Caixanova. Precisamente esta última entidad ha sufrido una pérdida patrimonial de 41,8 millones de euros asociada a una dudosa operación que la anterior dirección concedió a un proyecto familiar.

En definitiva, aun siendo la situación del sistema financiero español considerablemente más solvente que la que exhibió durante la crisis y siendo también una situación muy distinta dependiendo de la entidad que se considere, el nuevo Gobierno tendrá que afrontar o un rescate parcial de la banca en apuros o una nueva concentración de la banca o, incluso, una nueva concentración realizada parcialmente con más dinero público.

En definitiva, aun siendo la situación del sistema financiero español considerablemente más solvente que la que exhibió durante la crisis y siendo también una situación muy distinta dependiendo de la entidad que se considere, el nuevo Gobierno tendrá que afrontar o un rescate parcial de la banca en apuros o una nueva concentración de la banca o, incluso, una nueva concentración realizada parcialmente con más dinero público.

Por último queda el ajuste que la Comisión Europea viene exigiendo en los presupuestos de 2016. Es difícil cuantificar la magnitud de la reducción del gasto que el nuevo gobierno deberá acometer para no alejarse demasiado de los objetivos de déficit público pero la cifra de 25.000 millones de euros podría no estar muy desencaminada. Se trata esta de otra medida también difícil de aplicar por el consabido rechazo social que provoca sobre todo si se aplica casi al mismo tiempo que alguna nueva fórmula de rescate bancario.

Sea como fuere, se extiende en la sociedad española la demanda de entendimiento entre los políticos en aras de mantener la normalidad de las cosas. Un nuevo panorama político con una

menor presencia del bipartidismo coincide con el aplauso a todo el que sea capaz de trabar acuerdos estables que no cedan al chantaje separatista. En otros tiempos un resultado electoral como el de hace unos días tendría de nuevo a una Nación de 46 millones de ciudadanos al socaire de demandas políticas que sólo representaban a una parte pequeña de la sociedad española situada en Cataluña o las provincias vascas.

Tomado de *La Razón*

## La ciudad de Madrid y la memoria histórica

---

### Alfonso Bullón de Mendoza

Director del Instituto CEU de Estudios Históricos.

**E**l Ayuntamiento de Madrid ha comenzado la aplicación de la Ley de Memoria Histórica poniendo en marcha el cambio de nombre de treinta calles de la capital, así como la eliminación de varios «vestigios del franquismo». Dado que la ley de Memoria Histórica de 26 de diciembre de 2007 fue una Ley aprobada por las Cortes, y no por el Ayuntamiento, no tendría sentido extendernos ahora en lo absurdo de una medida legal dedicada a reescribir la historia de España desde una visión maniquea y notoriamente interesada, pues no hay que olvidar que el partido que promulgó esta ley fue uno de los protagonistas de la contienda.

Que Ahora Madrid y el PSOE hayan apoyado la propuesta nada tiene de extraño, pero llama la atención que haya sido secundada por Ciudadanos, partido al que nada costaba abstenerse, saliendo así de una dinámica guerracivilista carente de sentido. Pero lo que más asombra es que el PP se haya opuesto.

El Ayuntamiento de Madrid no ha propuesto cambiar el nombre de las calles porque lo haya considerado oportuno, sino en cumplimiento de la ya citada Ley de Memoria Histórica, ley que el Partido Popular hubiera podido derogar durante los cuatro años que ha permanecido en el poder con mayoría absoluta. Que no lo haya hecho, cuando se opuso en su día a que se aprobara, tiene sin duda que ver con su absoluto desprecio por la cultura y por su enorme complejo con respecto a un pasado con el que, a diferencia del PSOE, nada tiene que ver.

El sectarismo y el desconocimiento de quien ha elaborado la «Breve referencia histórica de las calles seleccionadas» es tema que merecería más espacio del disponible. ¿General José Emilio (sic) Varela? ¿Muñoz Grandes se distinguió por conducir la represión de Asturias? ¿García de la Herrán, muerto en el fracasado alzamiento de Madrid, «tuvo distintos cargos de importancia dentro del ejército franquista»?

Lo que parece de especial mal gusto es quitar los restos del ya parcialmente dismantelado monumento a los mártires del cementerio de San Isidro, pues se trata de los asesinados en sus cercanías por militantes del PSOE, del PCE y de otras organizaciones frentepopulistas, lo que suena a tratar de borrar las huellas de los crímenes cometidos por los supuestos demócratas de la época.



## Ley 12/2015 de nacionalidad española a sefardíes

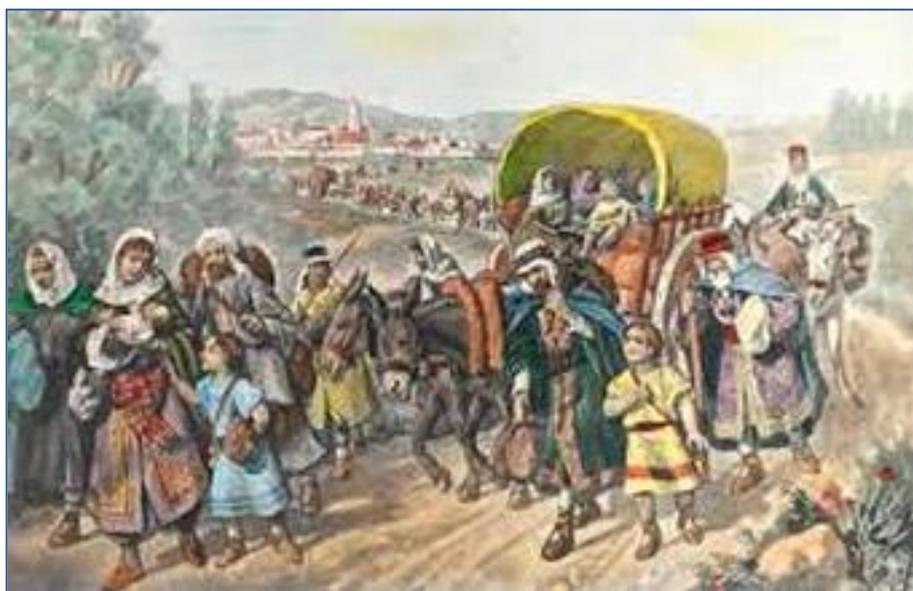
Recibido por internet sin mención de autor.

La Ley 12/2015, de 24 de junio, en materia de concesión de la nacionalidad española a los sefardíes originarios de España, en su detallado preámbulo –cuya lectura recomiendo– explica brevemente el origen e historia de los denominados sefardíes, los judíos que vivieron en la Península Ibérica y, en particular, sus descendientes, aquellos que tras los Edictos de 1492 que compelián a la conversión forzosa o a la expulsión tomaron esta drástica segunda vía. Tal denominación procede de la voz «Sefarad», palabra con la que se conoce a España en lengua hebrea.

Hace unos días, en un acto celebrado en el Palacio Real, Felipe VI, dirigiéndose a representantes de la comunidad judía en España les decía: «¡Cuánto os hemos echado de menos!» y resaltaba el privilegio de poder escribir una página de la historia con la ley que permitirá a los sefardíes obtener la nacionalidad española. No puedo por menos que congratularme por ello.

Me llama la atención, no obstante, que no se reconozca que esta Ley no es más que la derivada de aquel Real Decreto de 1924, de Alfonso XIII, por el que se permitía a los descendientes de sefarditas proveerse de documentación española sin tener que cambiar su residencia ni hacer el servicio militar. Razones habría para esta sospechosa omisión aunque tal vez fuera porque, de haberlo hecho, habría tenido que hacer mención también al decreto que Franco firmó en 1969 por el que anulaba el Edicto de los Reyes Católicos de 1492 o, tal vez, porque también habría tenido que mencionar lo acordado en un Consejo de Ministros habido en La Coruña en 1943 por el que se dictaron órdenes terminantes a los diplomáticos franquistas –¿o no lo eran?– Sanz Briz, Radigales y otros para proceder a la salvación del holocausto de numerosos judíos. Estos diplomáticos, cumpliendo órdenes de Franco –no por iniciativa propia (todavía hay quien se cree que estas personas iban a actuar a sus espaldas (¡Venga ya! )–, llevaron a cabo una obra ejemplar: se contrataron trenes y muchos sefarditas fueron traídos a España.

Admirable labor, hoy reconocida, por la que salvaron la vida más de 46.000 personas y de las que el Moshad israelí tiene una lista detallada. Claro que reconocer estos hechos supone



quebrantar la Ley de Memoria Histórica –esa que el PP dijo que iba a derogar– por enaltecer la figura de Franco en este asunto concreto y evidentemente no la iba a incumplir nuestro actual Jefe del Estado. Pero por mucho que se pretenda por Ley impedir el conocimiento real de la historia, eso resulta imposible, se quiera o no, y ahí queda en la hemeroteca la carta que, una vez finalizada la II guerra mundial, dirigió a Franco el entonces

presidente del Consejo Mundial Judío, Maurice L. Perlweig, en la que le manifestaba «la profunda gratitud de los judíos por el refugio que España había facilitado a los procedentes de la zona bajo ocupación militar alemana» o las que también escribieron en el mismo sentido quien fuera

embajador de Israel en España, Salomón Ben Ami, y el premio Nobel de la paz, Ellie Wiesel: «El único país de Europa que de verdad echó una mano a los judíos fue España, que salvó a más judíos que todas las democracias juntas», «España fue el único país de Europa que no devolvió nunca a los refugiados judíos».

Todo esto es pura historia, hoy obviada, por Ley y por necesidad. Necesidad a la que nos conduce esta Ley de Memoria Histórica, aún vigente gracias al PP, y que supone algo tan simple como que se prohíba por Ley estudiar o divulgar la historia y con efectos, hoy reiterativos, a vueltas con el callejero de nuestras ciudades. De ahí que veamos cómo se han retirado todas las estatuas de Franco mientras se erigen otras a Largo Caballero, o se pretenden borrar las calles de General Moscardó o Capitán Haya mientras que en Madrid, por ejemplo, se aprueba dedicar una calle a Santiago Carrillo (por cierto, gracias al PP de Ana Botella que se abstuvo en la votación realizada en 2013). Curiosa manera de entender la democracia y la manida reconciliación. Sin duda, una ley sectaria a más no poder impulsada por una izquierda revanchista y mantenida por un PP relativista y desconocido (así les va).

Bienvenida sea la Ley 12/2015 en materia de reconocimiento de la nacionalidad española a los sefardíes, pero no estaría de más que algunos dejaran de apuntarse tantos que les corresponden a otros, y, por cierto, en épocas mucho más difíciles. A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Lástima que por Ley se hurte a las nuevas generaciones de españoles toda la verdad y crezcan en la tergiversación de nuestro pasado una y otra vez.

A este paso va a ser necesario editar una «Guía de las historias de España», con una doble entrada: nacionalidad del lector (léase, comunidad autónoma, es decir, región) y filiación política (para que los personajes ilustres encajen con la ideología de cada uno), pues si ya hemos perdido el norte por completo, no estará de más una historia al estilo de los *Universos paralelos* de Hugh Everett (tal vez desdoblando «paralelos», en dos palabras...), o sea una historia de España «a la carta». De lo que no me responsabilizo es de la indigestión subsiguiente.

## El gringo feliz

### Arturo Pérez-Reverte

**E**stoy desayunando sentado en la terraza del hotel Convento de San Juan de Puerto Rico, en pleno casco viejo de la ciudad: un lugar centenario que, como el resto de la ciudad vieja, está lleno de entrañables referencias a España y lo español, en esta isla donde las palabras *antigua madre patria* tienen un sentido especial, pues entre muchas otras cosas –lengua, arquitectura, historia, memoria– son orgullosamente conservadas como referencia de identidad por la inmensa mayoría de los puertorriqueños. Anoche cené con mi amiga la profesora y novelista Mayra Santos-Febres en un pequeño restaurante del mercado, y sigo dándole vueltas, entre otras, a algo que ella dijo durante la conversación, y que debe entenderse en su contexto: «Desde que tuve un hijo varón sé lo que es tener miedo, porque en muchos lugares del mundo a los hombres los matan».

Recuerdo eso mientras cavilo sobre hasta qué punto la vida confortable de cierta parte de la



humanidad, la que llevamos los privilegiados, nos hace olvidar las zonas oscuras por las que discurre la azarosa vida del ser humano. Lo peligroso que es creernos, como sucede, a salvo de todo, civilizados para siempre, seguros de nosotros y nuestras leyes, mirando el horizonte con una sonrisa boba mientras hacemos posturitas y decimos te amo asomados a la proa del Titanic, en el que puede ser –siempre lo olvidamos o ignoramos– el último atardecer de nuestras vidas.

Estoy pensando en todo eso mientras me bebo el vaso de leche y doy mordiscos a la tostada de pan con mantequilla. Un español con memoria vieja en esta no menos vieja España transatlántica y caribeña; en esta colonia gringa trincada con cinismo y a base de soltar pasta, tras una invasión de hace más de un siglo en la que muchos puertorriqueños no lucharon contra los españoles, sino junto a los españoles contra los norteamericanos; y donde todavía, en algunos pueblos, los nombres de nuestros paisanos que los defendieron en 1898 son honrados como héroes locales. Pienso en eso, como digo, y en la Europa y en la España que los puertorriqueños actuales, no sin ingenuidad, miran todavía con un respeto y afecto que no tiene parangón en toda Hispanoamérica. Bebo mi leche, muerdo mi tostada, pienso en las monjas que habitaron este convento siglos atrás, recuerdo las palabras de Mayra en el restaurante –«¿Sabes por qué las negras somos tan cariñosas? Porque a nuestros hombres los vendían, iban y venían, y nunca sabías cuánto tiempo estarían a tu lado»–, y la cabeza se me llena de ideas complejas, de imperios y decadencias, de vidas y muertes, de afectos inmerecidos y de lealtades históricas, de la decepción que con frecuencia siente, o puede sentir, un hispano de América cuando viaja a España soñando encontrar las raíces de su vida, su cultura y su sangre, y encuentra el infame desparrame, la vileza insolidaria, la estólida cerrazón berroqueña que entre nosotros, españoles, incapaces de aprender de nuestras propias tragedias, con tanta frecuencia llega a rozar lo suicida o lo criminal.

En ésas estoy, como cuento. Con una nube sombría dentro de la cabeza, cuando un grupo de norteamericanos viene a la terraza a desayunar. Desembarcaron anoche de un crucero y se alojan aquí. Uno de ellos, turista gringo que parece sacado de una película de parodia sobre turistas gringos, vestido con pantalón corto, sandalias, camisa de flores y sombrero de paja con una cinta *I love Puerto Rico*, ocupa la mesa de al lado. Es regordete, rubio pajizo, de tez sonrosada y ojos azules de expresión bondadosa. Llega, se sienta alrededor, mira los muros del antiguo claustro del convento, responde sonriente a las preguntas del camarero sobre lo que desea desayunar, abre sobre la mesa un folleto turístico de la ciudad, mira de nuevo alrededor como para comprobar si el lugar corresponde a lo escrito, alza los ojos hacia el cielo azul luminoso, y al fin, bajando hasta mí la mirada, me dedica una sonrisa ancha, bondadosa, feliz, y luego me dice «*Beautiful day*» con una espontánea familiaridad que desarma. Con un candor tal que se me atraganta la tostada en el gaznate. Y ahí estamos los dos: el viejo y cansado europeo, fúnebre con su memoria de cenizas, la capa de ozono, la inmigración y la crisis, con el crujir de los mundos y la Historia a cuestas, y el gringo feliz con camisa de flores y sonrisa ingenua que, en el patio de este lugar antiguo poblado de fantasmas, lo que ve es un hotel bonito y un maravilloso día. Cuatrocientos años de crucero al sol caribeño, bailando *Macarena*, contra tres mil de sombras, pérdidas y remordimientos. Y noto que me reconcome la envidia. *Beautiful day*, dice. El hijoputa.

Tomado de *XL Semanal*

---

## Del milagro a la necesidad

Miguel Pujadas Cabestany

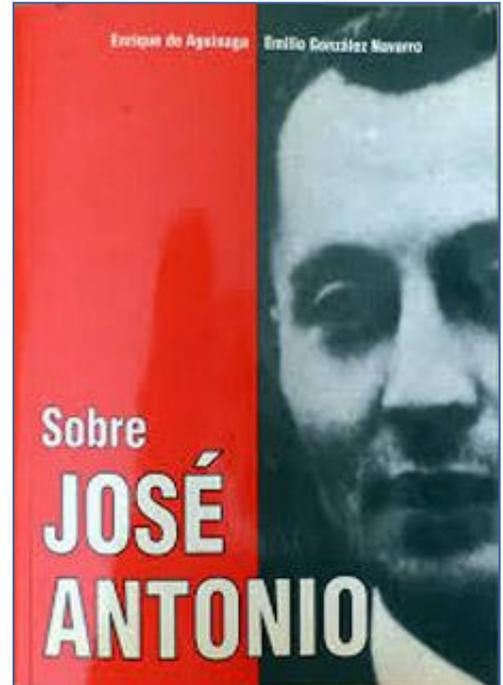
**E**l maestro Enrique de Aguinaga considera un milagro que, con lo que ha caído y con lo que está cayendo, José Antonio siga de actualidad y haya conseguido traspasar las fronteras temporales y, especialmente, las barreras de la censura inquisitorial y silenciosa del Sistema. No es corriente que un pensador y joven político que murió hace casi ochenta años mantenga la atención de bastantes españoles, con más o menos acierto en el tratamiento, todo sea dicho.

Continuamente se publican libros que tratan sobre su figura y su obra, y digo yo que los editores no se moverán por estrictas afinidades ideológicas ni movidos por la justicia histórica; en la actualidad, además, podemos asistir al musical *Mi Princesa roja* en un céntrico teatro madrileño, y no pasa día en que su nombre no aparezca como cita o referencia en la pluma de algún comentarista. Y todo ello, insisto, a pesar de la *omertá* impuesta a los medios, en cuyas *normas de estilo* políticamente correctas figura el ninguneo o el silencio, cuando no la demonización, de un español del siglo XX que se caracterizó, precisamente, por poner un verdadero Estilo o *modo de ser* por encima de los modos de pensar.

La última muestra del *milagro* puede encontrarse en la entrevista aparecida en *Alfa y Omega* del 12 de noviembre a Luis Alberto de Cuenca, científico, filólogo, investigador, académico y, sobre todo, poeta, quien ha recibido el Premio Nacional de Poesía por *Cuaderno de vacaciones* y su trayectoria de muchos años; vale la pena citar el párrafo completo:

–España, desvertebrada y rota.

–Es un diagnóstico veraz de lo que nos está pasando, lo cual es un verdadero drama. Yo tengo vocación cosmopolita, pero dentro de unidades muy marcadas. España tiene una unidad de civilización clarísima. Como decía José Antonio Primo de Rivera, un personaje muy atractivo para mí, España tiene una unidad de destino en lo universal. Es un error pensar en la disgregación de España. Yo sigo muy de cerca la poesía gallega, catalana, vasca. Te aseguro que lo que ocurre en esas exactamente lo mismo que en la castellana. Hay mucha más familiaridad entre la poesía catalana y la española contemporánea que entre la poesía española y la que se hace en Argentina o Perú. Porque la lengua no lo es todo. En un determinado momento hubo una gran hermandad entre la América española y nuestro país. Ahora estamos tristemente desvinculados (...).



La entrevista trata otros temas muy interesantes («*Rousseau es uno de los grandes causantes de los males del hombre en el siglo XX, como los totalitarismos*», «*Blas de Otero era comunista pero un infatigable buscador de Dios...*», etc.), pero dejaremos a la curiosidad del lector su consulta íntegra.

Habría que plantearse cuántos ciudadanos pensantes van considerando *atractiva* la figura y la obra de José Antonio, ya sea por la sorpresa de encontrar un libro sobre él en un escaparate, por asistir a una obra de teatro musical o por una cita en un periódico. Sería muy interesante tomar conciencia de esta posibilidad y valorar las fuerzas y las acciones, no tanto en *decir lo de siempre a los de siempre* como en abrir cauces para que, algún día, José Antonio llegara a convertirse en patrimonio de todos los españoles.

---

## El Caballo de Troya del islamismo

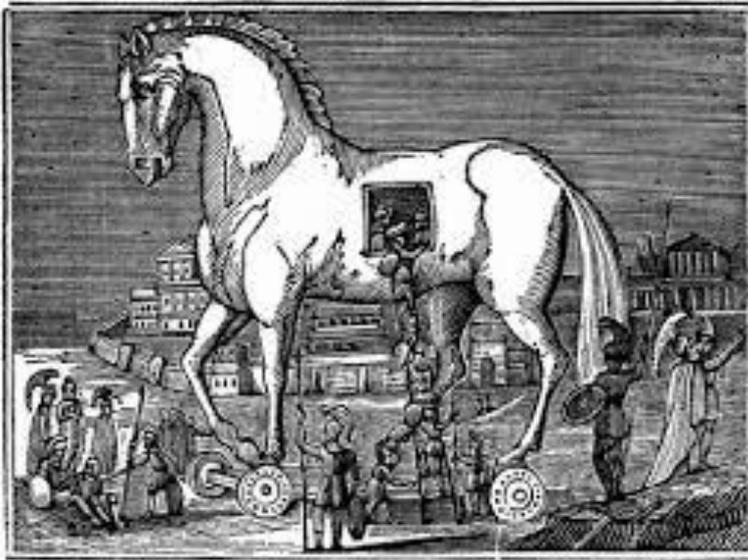
---

Pierre-André Taguieff

**H**ay que interrogarse acerca de una paradoja cuyas consecuencias geopolíticas pueden ser considerables: un porcentaje significativo de las poblaciones de cultura musulmana en los países occidentales y deseosas de permanecer en ellos se muestran hostiles a la civilización occidental y manifiestan una cierta empatía hacia los ambientes yihadistas. Es en los países que

han institucionalizado el multiculturalismo, es decir que han inscrito en la ley el principio del respeto incondicional de las «identidades culturales», donde la opinión musulmana se identifica más con las posiciones islamistas. Los promotores de la idea de una «ciudadanía posnacional» han contribuido en gran medida a legitimar el multiculturalismo como forma de «política del reconocimiento».

La versión más radical del multiculturalismo está ilustrada por la política holandesa hacia las religiones, acordándoles un sistema educativo separado, unos servicios sociales diferentes, unos medios de comunicación y unos sindicatos distintos a los católicos, a los protestantes y a las comunidades secularizadas. Hasta principios de la década del 2000, los sucesivos gobiernos holandeses han hecho suya la doctrina según la cual la mejor manera de favorecer la integración de las poblaciones provenientes de la inmigración era animar a los inmigrantes a «mantener su propia cultura». Han facilitado ese «mantenimiento» de las identidades culturales de origen con un arsenal completo de políticas de redistribución en favor de las «minorías culturales» reconocidas. Aunque la cuestión de saber si los musulmanes constituyen un «pilar» separado ha sido objeto de controversia, es un hecho que los Países Bajos se han mostrado más voluntaristas que otros países a la hora de darle a los musulmanes escuelas propias. El choque provocado por el asesinato del líder político Pim Fortuyn (6 de mayo del 2002), seguido por el del cineasta Theo Van Gogh (1 de diciembre del 2004), ambos comprometidos en una lucha contra lo que ellos consideraban la «islamización» de su país, hizo tomar conciencia a los holandeses de los límites y sobre todo de los efectos perversos del multiculturalismo, terreno privilegiado para la propaganda islamista.



Gran Bretaña, los Países Bajos y Canadá se encuentran entre los países occidentales más tocados por una islamización fundamentalista intensa. El multiculturalismo moderado que existe en Gran Bretaña ha sido definido en 1966, con un cierto angelismo, por el entonces Secretario del Home Office, Roy Jenkins, como «la diversidad cultural, acoplada a la igualdad de las oportunidades, en una atmósfera de tolerancia mutua». Después de los atentados islamistas de Londres (julio del 2005), los británicos han tomado conciencia de los peligros planteados por el multiculturalismo en la época del terrorismo yihadista

global. El angelismo diferencialista no debería estar más al orden del día en Gran Bretaña.

En un estudio de una extraordinaria lucidez. «Atmósfera sofocante en el Londonistán», publicada en junio del 2006, el politólogo Ernst Hillebrand muestra cómo el multiculturalismo británico no sólo ha fracasado, sino que además ha favorecido el dominio islamista sobre los musulmanes que viven en Gran Bretaña. Las conclusiones son sorprendentes: El 40% de los musulmanes que viven en Gran Bretaña desea la aplicación de la «sharia» en algunas partes del país. El 32% piensa que los musulmanes deberían comprometerse en la lucha para poner fin a la civilización occidental, «decadente y amoral». El 20% dicen comprender las motivaciones de los responsables de los atentados del metro de Londres del 7 de julio del 2005. Al mismo tiempo, solamente el 17% de los no-musulmanes piensan que musulmanes y no-musulmanes pueden vivir juntos pacíficamente de manera duradera. Y un 25% del electorado se imagina a si mismo votando un día por un partido de extrema derecha. ¡Bienvenidos a Gran Bretaña!, una sociedad calificada por el British Council de «enriquecida por una gran diversidad, abierta,

multicultural». Mientras que las autoridades persisten en difundir mensajes gloriosos, los atentados de Londres han revelado de manera cruda una realidad que no había podido ser ignorada por cualquier observador atento: el amplio fracaso del multiculturalismo británico, por lo menos en lo concerniente a los musulmanes.

Los defensores de un multiculturalismo institucional, cuando profesan un relativismo cultural radical, son casi siempre unos enemigos declarados de Occidente, denunciado como la encarnación de un judeo-cristianismo que por su intolerancia y su «imperialismo» sería una «maquina destructora de culturas».

El multiculturalismo es un engaño, que sin embargo continúa seduciendo a muchos intelectuales y políticos en Europa. El multiculturalismo se fundamenta implícitamente sobre un esencialismo cultural que mina los fundamentos de todo orden político. No se construye una sociedad digna de ese nombre (lo que implica una lengua con la cual podamos entendernos, un mínimo de cultura común, una medida de memoria compartida) encerrando a la gente en su propio idioma, en su propia cultura y su propia memoria. El multiculturalismo institucional, es decir el multicomunitarismo equivale a transformar el derecho a la diferencia en un deber de pertenencia ordenado a una identidad de origen supuesta o impuesta. Sus defensores han contribuido a arrojar confusión en los ambientes antirracistas al definir el racismo como el rechazo del multiculturalismo.

En consecuencia, toda crítica al multiculturalismo es sospechosa de expresar una visión racista, aun cuando el multiculturalismo, a pesar de las buenas intenciones de sus partidarios, se parece mucho a ese monstruo que vendría a ser un «multirracismo». Las ilusiones pseudoantirracistas suscitadas por esta absolutización de la diferencia cultural y ese culto de la diversidad cultural no pueden disimular sus efectos perversos: la fragmentación conflictual del espacio público, la etnorracialización de los relaciones sociales, la individualización negativa, la generalización normativa de las segregaciones, la desconfianza entre los grupos separados y, para terminar, la destrucción de la vida cívica, poniendo en peligro el régimen democrático.

Esta patología social puede ser analizada sobre la base del modelo de inteligibilidad construido por Robert Putnam en los años 1990 y puesto a prueba en el curso de los años 2000, según el cual el «capital social», es decir «las redes que ligan entre si los miembros de una sociedad y las normas de reciprocidad y de confianza que de ellas derivan», tienden a declinar cuando se acrecienta la diversidad étnica y cultural. Putnam ha estudiado lo que él llama la «diversidad étnica» en los EEUU, en referencia a los cuatro grupos contemplados en el censo norteamericano: los hispanos, los blancos no-hispanos, los negros no-hispanos y los asiáticos. Estas categorías llamadas «étnicas» o «raciales» son de hecho también culturales.

En un artículo publicado en junio del 2007, el sociólogo y politólogo llega a formular una cierta cantidad de conclusiones inesperadas de parte de un «progresista», y que podemos resumir en cuatro tesis: 1º Cuanto más crece la diversidad étnica, más se debilita la confianza de los individuos; 2º En las comunidades más diversificadas, los individuos tienen menos confianza en sus vecinos; 3º En esas mismas comunidades, no solamente la confianza inter-étnica es más débil, sino que también lo es la confianza intraétnica; 4º La diversidad étnica conduce a la anomia y al aislamiento social. Es comprensible que una conclusiones tales, establecidas a partir de unas encuestas conducidas de manera ejemplarmente científica sobre una muestra de cerca de 30.000 individuos, no pueden por más que hacer enloquecer a los adeptos de lo «políticamente correcto» en materia de inmigración (celebrada como «una riqueza») y los partidarios del multiculturalismo (presentado como la vía única hacia un futuro radiante).

Al final de su artículo, el universitario considerado como «progresista» que es Putman define su posición «política» con un doble rechazo: «Sería una lástima que un progresismo políticamente correcto negara la realidad del desafío que constituye la diversidad para la solidaridad social. Y sería igualmente lamentable que un conservadurismo ahistórico y etnocéntrico se negara a admitir que relevar ese desafío es a la vez deseable y posible».

Queda por estudiar de una manera comparativa otras sociedades democráticas afectadas por los efectos negativos de un exceso de diversidad interna, ya sean los Países Bajos, Bélgica, los países escandinavos, Alemania o Gran Bretaña, sin olvidar algunos países de la Europa mediterránea. El horizonte así dibujado es más bien sombrío: si las tesis de Putman están fundamentadas, aplicables al mundo entero, y por lo tanto dotadas de un valor previsional, entonces el surgimiento de sociedades multirraciales y multiculturales que favorece la apertura democrática tendrá como consecuencias mayores el declive del compromiso cívico y la disgregación de los lazos sociales, reemplazados por la desconfianza y la indiferencia. Demasiada diversidad, al provocar la erosión de la confianza, mataría la tolerancia y arruinaría la solidaridad social y el espíritu cívico.

En ese contexto la oferta islámica, centrada sobre la solidaridad de grupo, se volvería particularmente atractiva a los ojos de «comunidades» diversas de cultura musulmana. Es en este contexto convulsivo que despunta en el horizonte, en la época de la yihad mundial, que las redes islamistas pueden tomar su despegue en cualquier territorio situado fuera de la casa del islam (dar al-islam).

Tomado de *El Manifiesto*

**Podemos enviar la Gaceta a tu dirección o a la de tus amigos. Para ello, dínoslo al correo [secretaria@fundacionjoseantonio.es](mailto:secretaria@fundacionjoseantonio.es).**

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea. Para ello, pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.